Alisha, la mujer que cambió el mundo

Antonio Juárez Arribas

Alisha, la mujer que cambió el mundo

Antonio Juárez Arribas

Avant
editorial

Primera edición, abril de 2024
© Antonio Juárez Arribas, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-10236-35-6
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-10709-2024

A mi mujer Pilar que siempre me ha apoyado,
siguiendo el desarrollo de esta historia
desde la primera página.

A mi hija Jai a la que adoptamos en la India,
como le ocurrió a Alisha la protagonista
de esta novela, y que tanto ella como el país
que la vio nacer, me han inspirado
para contar esta historia.

A mi amigo Luis Palacios Fabián,
por el interés que ha demostrado
en la historia que cuenta esta novela,
y por las aportaciones que me ha hecho
y su ayuda en la corrección de la misma.

1

Era una tarde lluviosa, el aire arreciaba en la calle y las ventanas recibían toda su furia cargada de humedad. No era el tiempo ideal para salir a dar un paseo. Lucas descorrió la cortina de la ventana del salón, y pensó aliviado que aquella tarde no tenía que salir para nada. «¡Para nada!», murmuró sin apenas mover los labios.

En ese momento un gruñido y un pitido le sacaron de su ensoñación, mientras miraba cómo se deslizaban por el cristal las gotas de agua que el viento había empujado hasta su ventana. Dejó que la cortina volviera a taparla y se giró en dirección al pitido que había oído. Allí, a los pies del sofá donde se solía sentar, estaba su perro Brandy jugueteando con un muñeco de plástico, que emulaba uno de los siete enanitos del famoso cuento, que al presionarlo con sus dientes, hacía sonar el pito que llevaba en su base. Brandy tenía varios juguetes, pero este era su preferido. El enanito tenía una tupida barba de pelo sintético que, cada vez que rozaba su sensible nariz, le hacía emitir un gruñido con el que parecía advertir al muñeco de que no volviera a hacer eso.

Brandy estaba entretenido con su juguete, pero en poco tiempo no le quedaría otra que bajarle a dar su último paseo del día. Son las pequeñas inconveniencias que conlleva tener un perro. Su minuto de gloria en el que se sentía satisfecho por estar a resguardo en una tarde como aquélla, se había venido abajo tan rápidamente como lo habría hecho una construcción de naipes al soplar sobre ella. Se giró y deslizando la cortina, volvió a mirar por la ventana y, un suspiro de resignación hizo que el cristal se empañara. Quería mucho a su perro, pero en ocasiones como aquélla, se arrepentía de no haberle enseñado a hacer sus necesidades sobre un empapador.

Miró su reloj y vio que eran las siete de la tarde; pensó que aún le quedaba más de una hora para tener que bajarle y, con un poco de suerte, quizás amainaran tanto el viento como la lluvia. Se sentó en el sofá y cogió el libro que ahora estaba leyendo, «El tiempo de cristal». Se había enganchado a su lectura y devoraba las páginas. Sentado en su sillón orejero frente a una chimenea virtual que parecía de verdad, con el perro acurrucado a su lado y con la lectura de un buen libro, Lucas era feliz.

A sus treinta y tres años no era lo más habitual vivir solo con su perro, pero Lucas era una persona introvertida, poco dado a fiestas y salidas multitudinarias. Había tenido una larga relación con una mujer con la que estuvo conviviendo durante seis años, pero un maldito borracho la había envestido con su coche en un cruce, y se la había llevado por delante. Hacía 6 meses de aquel fatídico día y Lucas aún no lo había superado. Alicia fue una mujer que le había llenado de tal forma, que ahora nadie le parecía estar a su altura.

Volvió a consultar la hora, y el reloj marcaba las ocho y media. Brandy se había incorporado y le miraba fijamente, parecía que llevara un reloj interno.

—¡Está bien! Vamos a dar ese maravilloso paseo.

Se acercó a la ventana, el tiempo no parecía haber cambiado nada desde la última vez que miró por ella. Lucas se dirigió a su habitación y se cambió para salir a la calle; confiaba en que Brandy hiciera sus cosas rápidamente, pero no las tenía todas consigo.

Brandy era un perro mestizo de once kilos de peso, con unas patitas muy cortas que alargaban su silueta, y le daban la apariencia de un t*eckel*. Alicia y Lucas lo habían adoptado hacía cinco años en una protectora de animales. El nombre se lo pusieron en honor a su color, que bien podría haber servido como protagonista de una campaña publicitaria de este licor. Ahora que Alicia ya no estaba con ellos, él era como una conexión con ella, y le había ayudado mucho a superar su ausencia. Lucas se puso su anorak con capucha y también le puso la suya al perro.

Al abrir la puerta del portal, Lucas tuvo que hacer bastante fuerza ya que el aire la empujaba hacia adentro. En la calle, el viento hacía que las gotas de agua golpearan su cara con fuerza.

—Brandy, sólo te lo voy a decir una vez: ¡haz tus cosas enseguida!

Se encaminó calle abajo esperando poder volver lo antes posible, pero a su perro no le importaban las inclemencias del tiempo, y se dedicaba a olisquear en vez de hacer sus necesidades. Después de cinco minutos andando bajo aquella catarata de agua que les caía encima, Lucas le dio un ultimátum: o hacía sus cosas, o se las llevaba de vuelta a casa. Brandy pareció entender las consecuencias de no hacer sus deberes, y casi de seguido terminó con sus obligaciones. Lucas dio media vuelta y apretó el paso en dirección a su casa.

Estaban apenas a cincuenta metros del portal, cuando Brandy se paró y se negó a andar. —¿Pero qué haces? ¡Vamos, que no está la tarde para juegos!—, le espetó Lucas dando un tirón de la correa, pero el perro no se movía; lo único que consiguió fue arrastrarlo por la acera. Se volvió furioso

e increpó a su perro, pero éste permanecía impertérrito sentado, mirando hacia el portal frente a él.

Lucas, ya desesperado, se agachó para cogerlo en brazos, y el perro comenzó a aullar como si fuera un lobo. Nunca había oído a Brandy hacer eso; al ver que no dejaba de mirar hacia el portal, miró también él, y vio un bulto en el suelo apoyado contra la puerta. En un primer momento no reconoció lo que podía ser, pero por la actitud de Brandy, pensó que era otro perro. Se acercó con cautela al bulto, y cuál no sería su sorpresa al ver que se trataba de una mujer.

—Oiga, ¿se encuentra usted bien? —Le preguntó acercándose.

Aquella mujer, completamente empapada, estaba en cuclillas con la cabeza entre sus rodillas, cayéndole su mojado pelo por delante. Lucas se inclinó y la tocó en el hombro.

—¡No puede quedarse ahí, va a coger una pulmonía! —Lucas le movió ligeramente el hombro y ella levantó la cabeza. Era más joven de lo que había supuesto—¿Se encuentra usted bien?—Repitió Lucas.

La mujer no contestó, pero asintió con la cabeza. La lluvia no dejaba de caer y el viento arreciaba cada vez más. Si seguían allí más tiempo estaba seguro de que acabarían cogiendo una pulmonía. Se agachó y tomándola por debajo de los brazos, la incorporó no sin hacer un gran esfuerzo, ya que ella no hizo nada por levantarse.

—No sé dónde vives ni qué te pasa, pero si seguimos aquí un minuto más, vamos a acabar muy mal. El portal de mi casa está sólo a unos metros de aquí, te ayudaré a caminar hasta él.

Lucas la cogió por el brazo soportando parte de su peso, y la ayudó a llegar hasta su portal. Soltó a Brandy y abrió la puerta. —Bueno, por lo menos aquí no nos seguiremos mojando, ahora me tienes que decir que hacías sentada en aquel portal completamente empapada. ¿Vives en esa casa? —La mujer seguía sin hablar, pero movió la cabeza negativamente.

—Está claro que no eres muy habladora, pero con esta ropa empapada que llevamos puesta, no podemos prolongar este diálogo de besugos. Lo mejor será que subamos a mi casa, allí por lo menos entrarás en calor.

Lucas la tomó del brazo y la llevó hasta el ascensor; la mujer no ofrecía resistencia, pero tampoco colaboraba. Ya en casa, la condujo hasta su cuarto de baño, le dio dos toallas y le indicó donde había un secador para que, si no quería desnudarse, al menos se secara todo lo que pudiera. Salió al salón y se quitó el empapado anorak, e hizo lo mismo con el que llevaba su perro, que inmediatamente se sacudió para expulsar toda la humedad que llevaba encima. Se dirigió a la cocina y metió un par de vasos de agua al microondas,

para preparar sendas sopas rápidas. No se le ocurría nada más apetecible después de aquel paseo pasado por agua y frío.

Las sopas estaban preparadas, pero la mujer no daba señales de vida. Se acercó a la puerta del cuarto de baño y dio un par de golpecitos.

—¿Qué tal? ¿Estás bien?

—Sí, enseguida salgo.

«¡Puede hablar!», pensó Lucas, quien por un momento había creído que no lo podía hacer. En ese momento oyó el ruido del secador. Lucas aprovechó para cambiarse la ropa mojada y se sentó en su sillón, esperando que la misteriosa invitada saliera del cuarto de baño.

Diez minutos después oyó como se retiraba el seguro de la puerta, y vio aparecer a una mujer de color café con leche, con unos enormes ojos marrones y una larga melena negra que le sobrepasaba los hombros. Aparentaba veintitantos años y sus facciones eran muy bellas.

—Gracias por su amabilidad, señor.

—No hay por qué darlas. No era nada agradable mantener una conversación bajo aquella lluvia torrencial. Ven y siéntate en el sofá, estarás más cómoda. He preparado caldo caliente, creo que nos vendrá bien a los dos.

Ella avanzó hasta el sofá y se sentó, alargó su brazo y aceptó la taza que Lucas le ofrecía.

—Gracias otra vez, es usted muy amable.

—Oye, ¡no pensarás estar todo el rato dando las gracias! Y otra cosa, ya no soy un adolescente, pero creo que todavía no tengo edad para que me llames señor: mi nombre es Lucas y, por favor, tutéame.

Lucas alargó el brazo con intención de darle la mano a la mujer. Ella dejó la taza con el caldo en la mesa de centro que tenía delante, y se incorporó para aceptar el apretón de manos.

—Encantada de conocerte Lucas. Yo me llamo Alisha.

—Encantado Alisha, es un placer haberte conocido.

—¡El placer es mío señor… perdón, Lucas! —después de dar un sorbo al caldo, los dos se quedaron mirándose—. ¡Está muy bueno, con esto enseguida entraré en calor!

—No quisiera ser entrometido, pero, ¿qué hacías sentada en el escalón de un portal completamente empapada? —Alisha bajó los ojos y se llevó la taza con el caldo a los labios—. No tienes por qué contarme nada, la vida de cada uno es privada y supongo que tus motivos tendrías para estar allí. Sólo una cosa: ¿tienes donde pasar la noche? —Alisha dio otro sorbo al caldo que sujetaba con ambas manos, y tras ello movió negativamente la cabeza—. ¡Bien, no te preocupes, puedes quedarte aquí, no está la noche para salir a

buscar alojamiento! Lo único es que la habitación para invitados parece más una leonera que una habitación en sí misma. Espera un momento mientras voy a adecentarla.

—No por favor, bastante has hecho ya por mí, lo último que quisiera es crearte molestias.

—¡Pero qué dices! Llevo tiempo queriendo ordenar un poco ese cuarto, tú me has dado la excusa perfecta para hacerlo.

Lucas se levantó para ir hacia la habitación, cuando se fijó que su perro estaba sentado a los pies de Alisha mirándola fijamente. —¡Vaya, esto sí que es una novedad! Mi perro, siempre que volvemos del paseo vespertino, intenta por todos los medios que vaya a la cocina para que le dé de comer, y hoy mira, sentado a tu lado sin quitarte los ojos de encima; está claro que le has caído muy bien. Por cierto, se llama Brandy—, comentó Lucas yéndose hacia la habitación. Alisha se agachó para acariciar al perro, y este tras lamerle la mano, dio un salto al sofá para acurrucarse junto a ella.

Pasados unos minutos, Lucas volvió al salón.

—¡Si no lo veo, no lo creo! Brandy nunca se había acurrucado junto a nadie que no fuera yo. ¡Vaya con el mejor amigo del hombre!

—Es el mejor amigo del hombre, pero ellos saben muy bien quién los quiere, a quién se pueden acercar y a quién no.

—Eso es cierto. Te he despejado la cama y te he dejado un juego de sábanas limpias y un par de mantas por si eres friolera. No te he hecho hueco en el armario ya que has venido sin maleta; ah, si quieres luego te dejo uno de mis pijamas.

—Me abrumas con tu bondad, no tengo palabras para agradecértelo.

—Si hubieras probado las cenas que me suelo hacer, sí que habrías encontrado palabras, y no suaves precisamente; pero estás de suerte, hoy no había preparado nada y pensaba pedir una pizza. ¿Cuál prefieres?

—Con mi madre solíamos pedir la de cuatro quesos, pero… —Alisha se calló unos segundos y continuó—. La que tú quieras estará bien.

Lucas notó la inflexión en su voz antes de continuar hablando, parecía que la mención a su madre la había afectado.

—Sin problemas, ¡marchando una de cuatro quesos! Voy a llamar para que nos la traigan.

Lucas se fue a la cocina. Cualquier otro día su perro habría estado pegado a sus piernas para que le diera de comer, pero esa noche seguía tumbado junto a Alisha.

Media hora más tarde llamaron a la puerta y aquel sonido sacó a Brandy de su ensoñación. Saltó al suelo para salir corriendo en dirección a la puerta

de la calle, al tiempo que sacaba un poderoso ladrido que más parecía de un perro grande, que el de uno pequeño como él.

Lucas recogió la pizza y se dirigió al salón. Al entrar vio que Alisha no estaba, y comenzó a llamarla: —¡Alisha! ¿Dónde estás? ¡Alisha!

Brandy se dirigió al ventanal del salón y empezó a olfatear bajo las cortinas; tras unos instantes, Alisha salió de detrás de ellas.

Lucas se la quedó mirando con una cara de absoluta incomprensión.

—Alisha, ¿qué hacías detrás de las cortinas?

—Perdona, tenía miedo.

—¿Miedo, de qué?

—Al oír el timbre me asusté.

Lucas la continuaba mirando con cara de asombro.

—Pero era que traían la pizza que había encargado.

—Sí, perdona. He sido una tonta, no debí esconderme, no he querido molestarte.

—No me has molestado, pero me resulta extraño lo que has hecho. Si hay algo que te preocupa me lo puedes contar, me encantaría poder ayudarte.

—Ya me has ayudado más de lo que crees, y perdóname, no volveré a actuar así.

—No me tienes que pedir perdón; y como te he dicho, no tienes por qué contarme nada. Pero eso sí, si me desprecias la pizza, no te lo perdonaré.

—Puedes estar tranquilo porque no la voy a despreciar.

Lucas preparó la mesa de la cocina y Alisha le ayudó. Quince minutos después estaban cenando. Al terminar, Alisha insistió en que ella recogería la cocina, pero Lucas sólo accedió a hacerlo entre los dos. Mientras lo hacían, Brandy degustaba junto a su pienso, unos pedazos de pizza que le habían puesto. Lucas, como solía hacer todas las noches, se dirigió al salón para sentarse en su sofá, e invitó a Alisha a que le acompañara.

—¿Te apetece café, una copa?

—No, muchas gracias, no suelo tomar café y jamás he probado el alcohol.

—¡No me digas! ¡Eso es fantástico! Yo no es que beba habitualmente, pero alguna copita de vez en cuando, una caña, pues sí, sí que tomo.

—Muy bien, todo lo que se haga con moderación está bien.

—Alisha, ya sé que no quieres contarme por qué estabas empapándote en ese portal, ni por qué tienes miedo, pero… supongo que habrá algo de ti que sí puedas contarme, como por ejemplo: de dónde eres, si tienes familia, si estás casada, si trabajas o estudias… en fin, ese tipo de cosas. —Alisha miró a Lucas y bajó los ojos; Brandy se acababa de subir al sofá donde ella

estaba sentada, y como hizo antes, se acurrucó a su lado. Lucas se lo quedó mirando al tiempo que movía la cabeza de izquierda a derecha.

—¡Cría cuervos y te sacarán los ojos! Creo que hay algo que ya no me tienes que decir porque lo he adivinado, tu trabajo es el de encantadora de perros. Tiene que ser eso, porque si no, no lo entiendo.

Alisha sonrió mientras con su mano derecha acariciaba a Brandy.

—No, no soy encantadora de perros, es sólo que me gustan los animales. Eso es todo.

—Sí, pero a mi madre también le gustan los animales y Brandy nunca le hace lo que a ti.

—Ellos son como las personas, también tienen sus gustos y sus afinidades.

—Pues está claro que tú estás entre sus gustos y afinidades.

Alisha sonrió de nuevo y esta vez mantuvo la mirada de Lucas.

—Me has preguntado varias cosas; y comprendo tu extrañeza y tu incertidumbre. Hay ciertos aspectos de mi vida que son difíciles de explicar, y de los que aún no estoy preparada para hablar, pero creo que sí te debo una explicación de quién soy: Mi nombre es Alisha Devi, nací en la India en el estado de Orissa. No recuerdo nada de aquel tiempo, sólo sé lo que me contó mi madre, que siendo un bebé, unos hombres me encontraron en el interior de un cobertizo deshabitado, que las vacas usaban para descansar. En un principio mi madre me dijo que aquellos hombres, atraídos por mi llanto, entraron al recinto y se quedaron asombrados al verme en aquella situación. Ellos me recogieron y me cuidaron hasta que pasado un tiempo, me entregaron a mi madre. Ahora soy española: mi madre me adoptó dándome sus apellidos, pero ella siempre me dijo que esos apellidos eran sólo para darme un traje legal aquí en España, mi verdadero apellido es Devi. A tus otras preguntas te diré que no estoy casada y que soy estudiante… bueno, mi madre decía que uno siempre es estudiante, "nunca debes dejar de aprender". Concretamente estudié Historia del arte y Ciencias y Lenguas de la Antigüedad. —Lucas escuchaba absorto lo que Alisha le estaba contando, apenas podía poner imágenes a aquellas palabras, que resonaban en su cabeza como los ecos de una campana. Aquella historia era alucinante, y sus ojos se clavaban en los de ella mientras su boca, medio abierta, no daba lugar a dudas del asombro que el relato le había producido—. ¡Espero haberte complacido!

—Me has dejado sin palabras, apenas puedo imaginar el cuadro que me has descrito. Es una historia increíble. ¿No sabes algo más sobre ti, o sobre

tus padres biológicos?, ¿quiénes eran aquellos hombres?, ¿cómo dieron con tu madre?

—Nada sé de mis padres biológicos, ni de cómo llegué a aquel lugar. De aquellos hombres sólo sé que los llamaban los "tíos buenos", título que en la India se daba a quien recogía a un niño abandonado y lo entregaba para que fuera salvado. Mi madre había decidido adoptar un bebé, y aunque era soltera, no tuvo problemas para conseguir los permisos. Ella había viajado varias veces a la India colaborando con la fundación de Vicente Ferrer, y en ese tiempo que pasó allí conoció a mucha gente, y esos hombres que me recogieron de aquel cobertizo eran amigos suyos. Lo demás ya es historia, ellos se pusieron en contacto con ella y mi madre arregló con una agencia el proceso de adopción. ¡Y aquí estoy yo, el resultado de toda esa operación! ¡Te das cuenta Lucas, hoy ha sucedido algo parecido a lo que sucedió hace veinticinco años!

—¿No te entiendo? ¿Qué quieres decir?

—Bueno, veinticinco años son los que tengo, y hace esos años, como te acabo de contar, unos hombres me recogieron y me llevaron a su casa. De alguna manera hoy tú has hecho lo mismo que ellos.

—Pero tú ya eres una mujer adulta, no tiene nada que ver con encontrarse a un bebé abandonado.

—Y si en vez de a mí, te hubieras encontrado un bebé empapado bajo la lluvia, ¿Lo hubieras dejado donde estaba?

—No, claro que no, ¿cómo iba a hacer eso? Quiero decir que no lo habría traído a casa a cenar pizza: habría llamado a la policía, o lo habría llevado a un hospital.

—En el fondo es lo mismo, un gesto de generosidad para con tu prójimo. A propósito, por lo que me dijo mi madre, nací en pleno monzón, y en ese tiempo llovía tanto como lo está haciendo hoy.

—¡Vaya, no sé qué decir, me abrumas con tus halagos! El hecho de que también lloviera cuando naciste no significa nada, hay muchos días así.

—Cierto, hay muchos días que llueve, y también hay muchos días que hace sol. Yo ya te he contado algo sobre mí. ¿Por qué no me cuentas tú ahora algo sobre ti?

—¿Sobre mí? Pues no he tenido una vida tan interesante como la tuya. Nací aquí en Madrid, en un hospital hace treinta y tres años; no tengo hermanos y mis padres viven a quince minutos andando desde aquí. Estudié una FP de diseño gráfico y trabajo en ello para una empresa de publicidad… Como ves, nada del otro mundo.

—Pues a mí me parece muy interesante, y entiendo que no me quieras contar más cosas, yo tampoco lo he hecho sobre mí.

Alisha, al decir esas palabras, desvió su mirada hacia una fotografía que había en el mueble del salón, donde aparecía Lucas abrazado a una mujer.

—¿Lo dices por esa foto? La verdad es que, como te pasa a ti, también hay partes de mi vida de las que aún no estoy preparado para hablar, y sobre todo con una mujer.

—Lo entiendo, no tienes que darme explicaciones, como tampoco me las has pedido tú. Ahora, si no te importa, me gustaría acostarme; ha sido el peor día de mi vida, que sólo en su crepúsculo ha mejorado gracias a ti.

—Claro, acuéstate. La puerta tiene pestillo, te lo digo por si quieres echarlo.

—¿Es necesario?

—No, claro que no, te lo digo sólo para que lo sepas.

—Lo sé, como también sé que no es necesario. ¡Hasta mañana!

Alisha se inclinó hacia Brandy, que dormía a su lado, y le besó en la cabeza; al levantarse ella, el perro hizo ademán de hacer lo mismo, pero Alisha le miró fijamente moviendo su dedo índice de izquierda a derecha. Brandy se volvió a tumbar en el sofá y ella se fue a su habitación.

Lucas se quedó sentado en su sillón mirando a Brandy, que tumbado frente a él en el sofá, no le quitaba ojo a la puerta de la habitación que Alisha acababa de cerrar. Su mente era como un remolino de imágenes y sonidos, que se entremezclaban sin un orden definido. ¿A quién acababa de traer a casa? Aquella historia que le había contado parecía un cuento fantástico. ¿Habría algo de verdad en todo aquello? Con toda aquella historia del bebé y las vacas, al final no le había contado quién era realmente, y qué hacía allí sentada en el poyete del portal, empapada bajo la lluvia. No sabía a qué atenerse. ¿Y si el único objeto de toda aquella fantástica historia era distraerle para no tener que decirle quién era realmente? Todo era muy extraño. Su cabeza empezó a plantearle que quizás sólo se trataba de una estratagema para colarse en una casa y luego desvalijarla. Y si fuera ése su objetivo, ¿Tendría Alisha algún cómplice que estuviera esperando una señal para entrar a la casa? Aquella idea le alarmó, pero en el fondo no la creía posible: o era una actriz consumada que interpretaba su papel de forma magistral, o su historia era realmente verdad, y ella sólo era una pobre mujer que, por el motivo que fuera, no tenía donde ir. Lucas quería creer eso, era lo que el corazón le decía, pero la posibilidad del engaño estaba también ahí.

Brandy tumbado en el sofá, seguía mirando a la habitación donde estaba Alisha. Su perro había caído rendido a los influjos de aquella mujer. Esto

le recordó un programa de televisión, «El encantador de perros», eso era lo que Alisha había hecho con el suyo, se lo había ganado de una manera total. Si le hubieran dicho antes que su perro se iba a comportar así con un desconocido, no se lo hubiera creído, pero ahora sabía que si ella se propusiera hacer algo malo, Brandy no la descubriría. Si eso era así, había que reconocer que era una mujer muy hábil.

Se levantó y se fue a la cama. Brandy, como siempre hacía, dio un salto y se acurrucó junto a él.

—¡Bienvenido de nuevo, viejo amigo, qué gusto que no te hayas olvidado de mí! Si escuchas algo, ladra, ¿me has oído? No importa lo que te haya dicho otras veces sobre no ladrar por la noche. Hoy, si oyes algo, ladra, ¿entendido?

Brandy, que había levantado la cabeza para mirarlo, escuchó hablar a Lucas sin ningún entusiasmo, y se volvió a dormir.

2

Lucas pensaba tener una noche ajetreada, en la que se iba a estar despertando continuamente creyendo haber oído algo; pero todo lo contrario, durmió toda la noche de un tirón.

Cuando se despertó y vio que eran las nueve de la mañana, se quedó mirando unos instantes el reloj digital de la mesilla. Miraba la hora, pero le parecía imposible… ¡Si se acababa de acostar! Recordó que había traído a una mujer a su casa, y que ella se había acostado en la habitación de al lado. ¡Alisha!

Se incorporó de golpe sobre la cama, quedando sentado sobre ella y con los ojos muy abiertos. ¿Cómo podía haber dormido tanto? ¡Y aquella mujer!, ¿sería real, lo habría soñado? En ese momento todo le daba vueltas, el haberse incorporado tan deprisa favorecía aquella sensación.

Se quedó en silencio intentando oír algo, pero nada; en su casa reinaba un silencio absoluto. Entonces se acordó de su perro; solían bajar sobre las ocho y media de la mañana, se estaría haciendo pis. Miró a un lado y otro, pero no lo vio. Sin elevar mucho el tono de su voz, comenzó a llamarlo, pero Brandy no estaba allí. En ese momento oyó claramente un ruido en el salón de su casa. Se levantó de la cama de un salto y el mareo que acababa de tener, le volvió de nuevo y le hizo tambalearse. Su mente le traía una imagen de caos y destrucción, en la que unos hombres revolvían todos sus enseres, y Alisha sonreía con Brandy entre sus brazos.

Cuando abrió la puerta vio a Alisha como había imaginado, sentada en el sofá sonriendo y con Brandy entre sus brazos; pero eso fue lo único que coincidía con lo que había imaginado. Allí no había nadie más y todo estaba en orden.

—Buenos días Lucas, espero no haberte despertado.

—Buenos días Alisha, no me has despertado; no sé cómo he podido dormir tanto.

—Estabas muy cansado. Yo oí a Brandy gemir detrás de la puerta y la abrí un poco, lo justo para que él saliera. Espero que no te moleste, pero el pobre se estaba haciendo sus necesidades y le he bajado a dar un paseo a la calle. Al subir he preparado el desayuno y ahora te estábamos esperando para desayunar.

—¡¿Que has hecho qué?! ¡Cómo se te ocurre! ¡Me tenías que haber llamado!

—No he querido molestarte, estabas tan profundamente dormido que preferí no importunarte.

—¡No importa lo dormido que estuviera, me tenías que haber despertado!

—¡Lo siento! —Alisha bajó la cabeza en señal de sumisión, y se quedó mirando al suelo.

—Brandy es muy importante para mí, él es lo único que me queda de… bueno da igual, si se hubiera perdido no sé lo que habría hecho.

Alisha, con la cabeza inclinada hacia el suelo, volvió a repetir en un susurro: «¡Lo siento!»

Brandy, junto a Alisha, no parecía tener ningún interés en separarse de ella. Lucas percibió olor a café y a pan tostado.

—¿Has hecho tostadas y café? ¿No decías que no lo tomas?

—Vi que lo tienes y supuse que a ti sí te gusta.

—Sí, sí me gusta. Perdona si he sido un poco brusco, pero por favor, deja de mirar al suelo.

—Tienes razón en enfadarte: no he debido obrar por mi cuenta y riesgo, tenía que haberte llamado. Por no molestarte despertándote, te he molestado más no haciéndolo. ¡Lo siento!

—Deja de sentirlo, no pasa nada. Además la culpa ha sido mía por quedarme dormido hasta las nueve, así que el que ahora te pide perdón soy yo.

—Estás en tu casa y Brandy es tu perro, tienes todo el derecho a hacer las cosas como tú quieras.

—Bueno, pues ahora quiero desayunar, y quiero que tú me acompañes.

—Pues vamos, y en tu honor tomaré una pizca de café.

Mientras desayunaban hablaron de temas banales. Brandy seguía pegado a Alisha, y Lucas, que seguía sin entender esta devoción de su perro por la mujer, pensó que tan improbable era que se perdiera con ella como con él.

—Has sido muy amable por recogerme esta noche Lucas, pero creo que ya te he molestado bastante. Ahora lo mejor es que me vaya.

—¿Irte, a dónde?

—Ahora mismo no lo sé, pero tengo que encontrar mi camino.

—¡Pero qué dices! Vamos a ver, ¿dónde está tu casa? Si lo que quieres es irte a ella, yo te puedo llevar en mi coche.

—No, no puedes hacerlo porque no tengo casa.

—¡¿Que no tienes casa?! ¿Y dónde vives?

—Mi madre y yo viajábamos continuamente, nunca he estado más de dos años en la misma ciudad. Ahora que habíamos llegado a Madrid, pensé que ésta podía ser la residencia definitiva, pero al final ha sido la más corta. Apenas llevamos un mes aquí, y mi madre ayer me dijo que nos teníamos que ir. Había llamado al dueño del piso para rescindir el contrato de alquiler, así que ahora no tengo casa.

—Entonces, ¿qué hacías ayer sola mojándote en la calle? Y tu madre, ¿dónde está?

Alisha apretó los labios y volvió a hacer aquel gesto de mirar hacia el suelo. Lucas se la quedó mirando sin entender muy bien de que iba todo aquello. En ese momento se dio cuenta de que las lágrimas recorrían sus mejillas.

—Alisha, ¿por qué lloras?

—Mi madre ya no está.

—¿Cómo que no está? ¿Qué quieres decir? ¿Se ha marchado?

—Sí, ella se ha marchado, pero su corazón siempre estará conmigo.

Lucas se quedó estupefacto ante aquella respuesta.

—¿Quieres decir que tu madre ha muerto?

—Quiero decir que en el firmamento ahora hay una nueva estrella.

—¿Cuándo ha sido? Me acabas de decir que ayer rescindió el contrato de alquiler.

—Y así es, poco después de hacerlo, ellos llegaron a nuestra casa y se la llevaron para siempre.

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Quieres decir que entraron en tu piso y mataron a tu madre?

—No, no la mataron ellos, ella buscó su muerte.

—Alisha, no entiendo nada. ¿Me quieres explicar qué es lo que pasó, has llamado a la policía?

—Haces muchas preguntas pero sólo hay una respuesta. ¿Quieres escucharla?

—Claro, claro que quiero.

—Desde que tengo uso de razón, mi madre y yo hemos estado viajando continuamente. Siempre lo hemos hecho por España, mi madre no tenía facilidad para los idiomas, y salvo en dos ocasiones que estuvimos fuera, siempre nos movíamos por aquí. Ante mis quejas por tener que dejar el colegio y a mis compañeros, ella me decía que era por motivo de su trabajo. Cada curso escolar que terminaba, cambiábamos de provincia, incluso de Comunidad autónoma.

»Cuando cumplí los dieciocho años llegamos a Santander, y alquilamos un piso frente a la Universidad; yo ya había terminado el bachillerato y debía empezar mis estudios superiores.

»Aquel año, el día que yo alcancé la mayoría de edad me senté frente a mi madre y, como ahora te estoy mirando a ti, le dije que no quería volver a cambiar de ciudad, que estaba muy contenta con la universidad de Santander y que quería acabar la carrera allí. Yo entendía que, si ella por su trabajo debía marcharse, podía irse; y yo, gracias a la beca que me dieron por las buenas notas, me podía costear una habitación en la ciudad.

***

—¡Hija mía, creo que debemos hablar! —Ángeles, que así se llamaba la madre de Alisha, se sentó en el sofá junto a ella y la tomó de las manos al tiempo que la miraba fijamente—. Cuando te he contado que debíamos viajar continuamente por mi trabajo, no he sido sincera contigo… —Alisha abrió los ojos, transmitiendo con ellos todo el asombro que una mirada podía expresar. Su madre jamás la había mentido, y ahora aquella afirmación la dejaba sin palabras.

»Ya sabes que tú naciste en la India como te he contado tantas veces, y que los hombres buenos te encontraron en aquel cobertizo rodeada de animales. Pero lo que nunca te he dicho es que aquellos animales no estaban allí por casualidad, estaban para protegerte. Cuando esos hombres entraron y te vieron, tú no estabas llorando, sino todo lo contrario: reías mientras la vaca que tenías al lado te lamía la carita. Al entrar ellos, la vaca emitió un mugido y los perros se pusieron delante de ti, gruñendo y enseñando sus colmillos a los intrusos. Se quedaron paralizados y temieron por su vida. Se trataba de un ornitólogo y sus dos ayudantes, llevaban dos días siguiendo a una cotorra malabar, una hermosa ave con un collar oscuro en su cuello, y un elegante pico negro las hembras, como era aquel caso.

»Cuando la cotorra se posó sobre un cobertizo, ellos entraron con la curiosidad de ver el sitio a donde el ave los había llevado; y cuando te vieron tumbada sobre un montón de paja, se quedaron paralizados. En ese instante notaron como a sus espaldas, fuera del cobertizo, decenas de perros y vacas con poderosa cornamenta bloqueaban la salida. Sobre el lomo de aquellas vacas, multitud de cuervos se arremolinaban sin dejar de mirarlos, y por encima de la techumbre del cobertizo, la cotorra malabar los miraba también.